

la exaltacion de su orgullo, ni nuestros enemigos en el arrebató de su odio, ni los buenos ciudadanos en la profundidad de su pena, podian llegar á imaginar toda la extension del daño. ¡Ah, qué en breve lo debian conocer por completo!

LIBRO CUARENTA Y SIETE.

Las cohortes.

Rápido viage de Napoleon.—No se da á conocer mas que en Varsovia y en Dresde, y solo por los ministros de Francia.—Llegada súbita á Paris el 18 de diciembre a media noche.—Recepcion de los ministros y de los grandes dignatarios del Imperio al dia siguiente.—Napoleon toma la aptitud de un soberano ofendido, que tiene que hacer cargos en lugar de merecerlos, y afecta atribuir á la conspiracion del general Malet una grande importancia.—Solemne recepcion del Senado y del Consejo de Estado.—Violenta invectiva contra la ideología.—A fin de atraer la atencion pública sobre el asunto de Malet y de apartarla de los sucesos de Rusia, es sometido al Consejo de Estado monsieur Frochot, prefecto del Sena, acusado de haber carecido de presencia de ánimo el dia de la conjura.—Sale condenado este magistrado, y queda privado de sus funciones.—Bajo la impresion del peligro que corrió su dinastia, si llegaba a ser muerto, piensa Napoleon en instituir de antemano la regencia de Maria Luisa.—Al archicanciller Cambacères se le encarga preparar un senatus-consulta sobre esta materia.—Cuidados mas importantes que absorben á Napoleon.—Actividad y genio administrativo que acredita para reorganizar sus fuerzas militares.—Sus proyectos para levantar nuevas tropas y reorganizar los cuerpos casi enteramente destruidos en Rusia.—De las márgenes del Vistula recibe noticias que le desengañan sobre la situacion del grande ejército y le prueban que desde su partida el mal ha superado á todas las previsiones.—Alegria de los prusianos al adquirir cabal conocimiento de nuestros desastres.—A su alegria sucede una violencia de pasion inaudita contra nosotros.—Llegada del emperador Alejandro á Wilna, y su

proyecto de presentarse como libertador de Alemania.—Activos manejos de los refugiados alemanes reunidos en torno de su persona.—Esfuerzos tentados cerca del general de York, caudillo del ejército auxiliar prusiano.—En retirada este cuerpo de Riga á Tilsit, abandona al mariscal Macdonald y se entrega á los rusos.—Peligros del mariscal Macdonald al quedar con algunos miles de polacos en medio de los ejércitos enemigos.—Sobre Tilsit y Labiau logra retirarse sano y salvo.—Evacua el cuartel general francés á Königsberg, y se repliega del Niemen al Vistula.—Macdonald y Ney, uno con la division polaca de Grandjean, otro con la division de Houdelet, cubren como pueden esta evacuacion precipitada.—Oficiales, generales y cuadros varios corriendo sobre Danzick y Thorn.—No quedan en el cuartel general mas de nueve ó diez mil hombres de todas naciones y de todas armas para resistir á la persecucion de los rusos.—Desmoralizado Murat se retira á Posen, y acaba por abandonar al ejército, dejando el mando al príncipe Eugenio.—Efecto que la defeccion del general de York produce en toda Alemania.—Movimiento extraordinario de la opinion, apoyado por las sociedades secretas y voto unánime de juntarse á Rusia contra Francia.—Inmensa popularidad del emperador Alejandro.—Primeras impresiones del rey de Prusia, y su diligencia en desaprobado la conducta del general de York.—Su embarazo entre los compromisos contraídos respecto de Francia y la coaccion que sobre su ánimo ejerce la opinion pública de Alemania.—Se retira á Silesia y toma una especie de posicion intermedia, desde la cual propone á Napoleon ciertas condiciones.—Rechazo producido por el movimiento de los ánimos en Viena.—Situacion del emperador Francisco que ha casado con Napoleon á su hija, y de Mr. de Metternich que ha aconsejado este matrimonio.—Su recelo de ser engañados al adoptar demasiado tarde la política de alianza con Francia.—Deseo de modificar esta política y de mediar entre Francia y Rusia, á fin de venir á la paz y de aprovechar las circunstancias para establecer de una manera sólida la independencia de Alemania.—Prudentes consejos del emperador Francisco y de Mr. de Metternich á Napoleon, y oferta de la mediacion austriaca.—Cómo recibe Napoleon estas noticias que llegan á Paris una tras otra.—Nuevo desarrollo que da á sus planes con la reconstitucion de las fuerzas de Francia.—Empleo de las cohortes.—Alistamiento de quinientos mil hombres.—Napoleon convoca un consejo de negocios extranjeros, para someterle estas providencias y consultarle sobre la actitud que se debe tomar respecto de Europa.—Sin rechazar la paz, Napoleon quiere hablar y dejar que se hable de ella, aun cuando no concluíra hasta despues de alcanzar victorias que le restituyan la situacion que ha perdido.—Diversidad de opiniones que se suscitan en torno suyo.—Se declara la mayoría á favor de grandes armamentos y al mismo tiempo de inmediatas negociaciones por mediacion de Austria.—Napoleon, á quien conviene negociar mientras se apresta á combatir, acepta la mediacion de Aus-

tria, bien que indicando bases de pacificacion nada adecuadas á captarse la voluntad de esta potencia.—Respuesta poco alentadora dirigida á Prusia.—Inmensa actividad administrativa desplegada durante estas negociaciones.—Estado de la opinion pública en Francia.—Se deploran las faltas de Napoleon, pero prevalece el dictámen de hacer un vigoroso y último esfuerzo para repeler al enemigo y celebrar la paz de seguida.—A los alistamientos prescritos, se agregan donativos voluntarios.—Uso que hace Napoleon de los quinientos mil hombres puestos bajo su mano.—Reorganizacion de los cuerpos del antiguo ejército á las órdenes de los mariscales Davout y Victor.—Creacion, por medio de las cohortes y de los regimientos provisionales, de cuatro cuerpos nuevos, uno sobre el Elba á las órdenes del general Lauriston, dos junto al Rhin á las de los mariscales Ney y Marmont, y otro en Italia á las del general Bertrand.—Reorganizacion de la artilleria y de la caballeria.—Medios rentísticos ideados para atender á tan vastos armamentos.—Mientras Napoleon se ocupa en estos preparativos, quiere hacer algo por atraer e los ánimos, y piensa terminar sus disputas con el papa.—Traslacion del Sumo Pontífice desde Savona á Fontainebleau.—Napoleon envia allí á los cardenales de Bayane y Maury, arzobispo el uno de Tours y obispo el otro de Nantes, para inducir á una transaccion á Pio VII.—De acuerdo ya Napoleon sobre la institucion canónica con el papa, se muestra éste propicio á aceptar un establecimiento en Aviñon, con tal de que no se le obligue á residir en Paris.—Cuando están próximos á entenderse, trasládase Napoleon á Fontainebleau, y con el ascendiente de su presencia y de sus entrevistas, decide al papa á firmar el concordato de Fontainebleau, que consagra el abandono de la potestad temporal por la Santa Sede.—Fiestas en Fontainebleau.—Gracias prodigadas al clero.—Llamamiento de los cardenales desterrados.—Vueltos los cardenales al lado del papa, le excitan á dolerse de lo que ha hecho, y le disponen á no ejecutar el concordato de Fontainebleau.—Napoleon finge no echar de ver estas intrigas.—Satisfecho de lo que ha alcanzado convoca al Cuerpo legislativo y le anuncia sus resoluciones.—Curso de los sucesos en Alemania.—Entusiasmo creciente de los alemanes.—Dominado por sus súbditos el rey de Prusia, se muestra muy irritado de las negativas de Napoleon, y se aleja cada vez mas de nuestra alianza.—Aunque divididos los rusos acerca de la conveniencia militar de una marcha hacia adelante, se deciden á ella por el deseo de atraerse al rey de Prusia.—Se adelantan sobre el Oder, y obligan al príncipe Eugenio á evacuar sucesivamente á Posen y á Berlin.—Nuevo movimiento retrógrado de los ejércitos franceses, y su establecimiento definitivo sobre el Elba.—Separado el rey de Prusia de los franceses y rodeado de los rusos, se entrega á estos y rompe su alianza con Francia.—Tratado de Kalisch.—Llegada de Alejandro á Breslau, y su entrevista con Federico Guillermo.—Efecto producido en Alemania por la defeccion del rey de Prusia.—Insurreccion de Hamburgo.—Semi-defeccion de la corte

de Sajonia y su retirada á Ratisbona.—Influencia de estas noticias en Viena.—Muy conmovió el pueblo austriaco empieza también á pedir la guerra contra Francia.—Firme la corte de Austria en su resolución de restablecer su situación y la de Alemania sin exponerse á la guerra, se esfuerza por resistir al empuje de los ánimos y por impulsar á una transacción á Francia.—Consejos de Mr. de Metternich.—Poco turbado Napoleón por tales sucesos, se aprovecha de la coyuntura para pedir más soldados.—Su manera de contestar á las miras de Austria.—No haciendo caso alguno de los deseos de esta potencia, le propone destruir á Prusia, y apoderarse de sus despojos.—Elección de Mr. de Narbonne para reemplazar á Mr. Otto en Viena, y hacer tomar allí gusto á la política de Napoleón.—Antes de moverse éste de París, se decide á confiar la regencia á María Luisa, y á delegarla el gobierno interior de Francia.—Sus entrevistas con el archicanciller sobre este asunto, y sus ideas acerca de su familia y de porvenir de su hijo.—Solemne ceremonia en que confiere á María Luisa el título de regente.—Antes de su salida tiene tiempo de ver al príncipe de Schwarzenberg, á cuyas comunicaciones apenas presta oídos.—Plena confianza de que se siente animado.—Pena de la emperatriz.—Partida para el ejército.

Mientras agitada la Europa á la vez por la esperanza, el temor y el ódio, discurría sobre el paradero de Napoleón, sobre si había perecido ó se había salvado, acompañado éste del duque de Vicencio, del gran mariscal Duroc, del conde Lobau, del general Lefebvre Desnouettes, cruzaba en un trineo las vastas llanuras de la Lithuania, de la Polonia, de la Sajonia, manteniéndose profundamente escondido bajo espesas pieles, pues pronunciado imprudentemente su nombre ó reconocido su rostro, se originara una trágica catástrofe al punto. El hombre que tanto había excitado la admiración de los pueblos, que poco antes era objeto de su sumisión supersticiosa, no se escapara á la sazon de su furia. Solo se dió á conocer en dos partes, en Varsovia y en Dresde. En Varsovia convenia aun dirigir una palabra á los polacos, para ar-

rancarles un supremo y último esfuerzo. Con su vestido de viage se trasladó el duque de Vicencio á casa del arzobispo de Malinas, que se hallaba por extremo alterado á causa de las noticias de Krasnoe y del Berezina, y poco apto para transmitir á los polacos el valor que no sentía personalmente. Casi forzó las puertas del arzobispo, no queriendo darse á conocer á los criados de la embajada, se le apareció como una especie de espectro, y le llenó de sorpresa al nombrarse, diciéndole quién era, y llevándole á la modesta fonda, donde Napoleón se había apeado secretamente. Mr. de Pradt corrió adonde Napoleón estaba, hallóle en un mal aposento, costándole trabajo conseguir que le encendieran lumbre, y disimulando bajo una alegría fingida los padecimientos de su orgullo. ¡Qué diferencia entre este momento y el de seis meses antes, cuando le daba en tono galano las mas extraordinarias instrucciones sobre la reconstitucion de la Polonia, y sobre el repartimiento del territorio europeo! Hallando Napoleón recursos en la fuerza de su voluntad para sobreponerse á situación semejante, afectó no experimentar conmocion, ni sorpresa, ni mudanza.—De lo sublime á lo ridiculo no hay mas que un paso, dijo al prelado embajador con sonrisa obligada, que probaba el exceso de su apuro, queriendo ocultarlo, al par que la energía de su carácter.—¿Quién no ha sufrido reveses? añadió de seguida. Verdad es que nadie los ha sufrido de tanta monta, pero debian ser proporcionados á mi fortuna, y además, serán reparados muy pronto.—Entonces ponderó su salud; su fuerza personal, dióse á repetir que estaba amoldado para las aventuras extraordinarias; que

el mundo trastornado era su elemento; que sabia vivir de esta suerte; que tenia medios de ordenarlo; que pronto se hallaria de vuelta sobre el Vístula con trescientos mil hombres y haria expiar á los rusos las victorias que no eran suyas, sino de la naturaleza. En todo esto, fácil era de ver que, si padecia, su prodigiosa inteligencia no se hallaba ni forzada, ni decaida. Hizo llamar á los principales ministros polacos, recomendándoles el mas absoluto secreto sobre su presencia en Varsovia, procuró alentar su ánimo abatido, les prometió no abandonar á la Polonia, tornar á aparecer muy pronto en su seno a la cabeza de un ejército poderoso, les afirmó que los rusos habian sido mas maltratados que los franceses; que no podrian reparar sus pérdidas, al par que él iba a reparar las suyas en un abrir y cerrar de ojos, y que la desproporcion fundamental entre el poderio de Francia y el de Rusia, se manifestaria al cabo de tres meses de una manera fulminante y adecuada á volver cada cosa á su puesto. Despues de intentar infundir alguna confianza á los ministros polacos, partió siempre de incógnito, y siempre corriendo sobre la nieve, llegó á Dresde, se apeó en casa de su ministro, Mr. de Serra, hizo llamar al pobre rey de Sajonia, aterrado de tan extraña mudanza de fortuna, le dijo que no habia por qué alarmarse de resultas de los últimos sucesos, no siendo mas que una de las movibles y variables apariencias que la guerra tomaba á veces; que dentro de algunas semanas volveria mas formidable que nunca, le conservaria aquella Polonia, quimera antigua y acariciada por los principes sajones, y dejó casi tranquilo á aquel hombre de bien

con corona, acostumbrado, no á comprenderle, sino á creerle. Recomendóle el secreto, de que todavía necesitaba por espacio de cuarenta y ocho horas, se tomó algunos instantes para escribir á su suegro, le anunció que regresaba sano y salvo, lleno de salud, de serenidad, de confianza; que las cosas habian pasado tal como constaba en su boletin 29.º; que iba á conducir á las márgenes del Vístula un ejército formidable; que siempre contaba con la alianza de Austria, con el pronto reclutamiento del cuerpo austriaco; y que deseaba que se le enviase á París un diplomático de nota, siendo necesaria la presencia del principe de Schwarzenberg en Galitzia, pues habia que tratar grandes negocios. Despues de probar á producir sobre su suegro con este escrito la impresion que procuraba excitar sobre todos aquellos á quienes encontraba, siguió para Weimar su camino. Ya por los puntos que iba á cruzar no le servia el trineo, por lo cual tomó el carruaje de Mr. de Saint-Agnan, su ministro, y corrió hasta París en posta. Llegado al Rhin no tenia por qué ocultarse, pues si para Francia era un soberano absoluto, exigente y aun tirano, tambien era su caudillo, su defensor, y podia mostrarse con seguridad á ella. Para no sorprender demasiado, hizo que le precediera un oficial llevando algunas lineas que en el *Monitor* habian de ser publicadas. Estas lineas decian que el 5 de diciembre habia reunido á sus generales en Smorgoni, trasladado el mando al rey Murat solo mientras el frio paralizara las operaciones militares, cruzado á Varsovia y á Dresde, y que iba á llegar á París para poner la mano en los asuntos del Imperio.

Indispensable era dar esta noticia, pues si el boletín 29.º, por siempre famoso, dejaba entrever la verdad en parte, muy pronto debía ser cruelmente comentada por las correspondencias de los oficiales con sus familias, y se necesitaba obviar á este inconveniente, mostrando á Napoleon en la capital de Francia, medio único de mantener los ánimos en su estado ordinario de calma, de sumision, de adhesion sincera ó fingida.

Muy de cerca siguió Napoleon al oficial encargado de anunciar su llegada. A las once y media de la noche del 18 de diciembre presentóse en las Tullerías, y fué á sorprender á su esposa, no enterada de ningun modo por un cambio de situacion semejante, bien que profundamente asombrada, pues, al unírsele en matrimonio, habia creido casarse, no solo con un favorito de la fortuna, sino por decirlo así, con la fortuna misma, dispensando con mano inagotable todos los bienes de la tierra. Napoleon abrazó tiernamente á María Luisa; á su lado prosiguió la especie de comedia, que habia representado con todos; y repitió que el frio, solo el frio habia causado tan tremenda desgracia, si bien la repararia sin duda, como se veria muy en breve. Así la tranquilizó lo mejor que pudo, sin revelarla en manera alguna los tormentos de su orgullo horriblemente maltratado.

A la mañana siguiente aguardaba á sus ministros y á los próceres de su corte. Penosa prueba era la primera entrevista con aquellos servidos tan sumisos, tan desdeñosamente tratados desde la cumbre de una prosperidad sin ejemplo; pero le quedaba un recurso facilitado por una casualidad triste, y de que le iba á proporcionar hacer

ámplio uso la bajeza de los mas de aquellos cortesanos, y era la conspiracion de Malet. Singularmente fueron cogidos de sorpresa por este conspirador atrevido, hasta el punto de haberse dejado aprisionar muchos funcionarios, y con especialidad el ingenioso é intrépido ministro de Policía, duque de Rovigo: despues se denunciaron unos á otros é hicieron fusilar á una docena de infelices, no habiendo mas que un culpable, sin estar muy seguros de haberse grangeado así la indulgencia de su ausente soberano. Por tanto se manifestaban inquietos sobre el modo con que serian recibidos, con menospreciativa compasion miraban al infeliz ministro de Policía, reputado como el mas condenable y el mas reo de todos; y no pensando apenas en los quinientos mil hombres que habian perecido, ni en la cambiada fortuna de Francia, solamente les ocupaba la idea de cómo serian tratados; de suerte que Napoleon, que hubiera tenido que dar tan deplorables cuentas, se presentaba por el contrario cual si no tuviera mas que pedir las. Sobremanera cómoda le fué esta servidumbre retratada en casi todos los rostros. Con extremada altivez recibió á los personajes de su corte y de su gobierno, conservando una actitud tranquila, si bien severa, en ademan de pedir explicaciones en vez de darlas, tratando los negocios de fuera como los de menos importancia, los de dentro como los mas graves, queriendo que sobre estos últimos se le dieran luces, é interrogando en suma para no ser interrogado. Indudablemente, decia mirando ora á unos, ora á otros, habia habido mal y mucho en esta campaña: el ejército frances habia sufrido, aunque no tanto como el ejército ruso. Azares eran

estos comunes de la guerra, no habia por qué movieran á asombro, y antes bien daban ocasion á que los hombres de buen temple acreditaran brillantemente la energia de su alma. Con este motivo dividia los hombres en dos clases, la de los que están al nivel de las pruebas ordinarias, y la de los que son superiores á todas las pruebas, cualesquiera que fuesen; afectaba no profesar estimacion mas que á estos: hacia un merecidísimo elogio del mariscal Ney, de manera, sin embargo, que parecia no tener que decir nada de los sucesos de esta guerra, ni con relacion á sí propio, nada, sino respecto de los hombres que no tenian el valor ni la salud del mariscal Ney. Descuidando despues como accesoria la expedicion de Rusia, preguntaba ¿cómo se habian podido dejar coger de improviso, cómo sobre todo, aun creyéndole muerto, no habian corrido al lado de la emperatriz, al lado del rey de Roma, legítimos soberanos despues de su fallecimiento, y cómo habian podido suponer tan fácilmente abolido el orden de cosas?—

A estas preguntas fundadas, si bien imprudentes, pues la verdad es que todos habian considerado su muerte como la mas natural noticia, y la caida de su trono despues de su muerte como la mas natural revolucion; á estas preguntas no sabia qué responder nadie, y cada cual procuraba salir del apuro con bajar la cabeza, aparentando reconocer que habia allí algo inexplicable. Nadie se atrevió á darle la respuesta verdadera, esto es, que su imperio no estaba cimentado; que sin duda con prudencia extremada le pudiera dar una apariencia de estabilidad que rara vez tienen las nuevas fundaciones; pero que, segun su manera de con-

ducirse, se daba por supuesto que su imperio duraria cabalmente lo que su vida, y que, si continuaba el mismo rumbo, hasta se dudaria de esto muy pronto; que por tanto no habia que maravillarse de que un osado, divulgando su muerte de un tiro y la destruccion de su gobierno, hubiese hallado en todas partes á gentes prontas á creerle y obedecerle. Esto se le debiera decir á las claras, y no se le dijo por no osarlo, y tambien por no comprenderlo. Pero insistiendo Napoleon y haciendo que se fijaran los espíritus por largo tiempo en este punto, cometia una falta, pues, si no inducia á nadie á decirlo, obligándoles á reflexionarlo, les excitaba á que lo pensarán así todos.

A estas apremiantes preguntas se contestaba señalando con los ojos al ministro de Policia, á quien parecia designarse como el verdadero delincuente, como el que lo debia expiar todo, y no solamente la conspiracion de Malet, sino tambien quizá la expedicion á Rusia. Allí estaba el duque de Rovigo aquella mañana en un aislamiento absoluto, no atreviéndose á hablarle nadie, conceptuándole todos próximo á una ruidosa desgracia. Pero despues de una recepcion general y de aparato, Napoleon habló en particular á cada uno. Al duque de Rovigo escuchó especialmente y largo rato, porque profesaba cierta especie de estimacion á su sinceridad, á su valor y á su talento. Audaz y familiar el duque de Rovigo, tenia algo de aquellos criados atrevidos, acostumbrados á no temer á un amo mas regañon que malo, y prontos siempre que la ocasion se ofrece á hacerle oír lo que no le gusta y es útil que sepa. Maltratadísimo por las comunicaciones malévolas del ministro de

la Guerra Clarke, quien, de miedo que se le culpara de una conspiracion en que figuraban muchos militares, lo habia cargado todo sobre la policia, teniendo ademas el desagradable incidente de su envio á la Consergeria en contra, no se turbó lo mas leve, y entrando en pormenores hizo comprender al emperador cómo habiéndose fraguado todo en la cabeza de un audaz maniaco, que á nadie habia revelado su secreto, no lo pudo penetrar la policia: como usando este hombre de la muy admisible noticia de la muerte de Napoleon de resultas de un tiro, habia hallado una credulidad general, cambiada al punto en complicidad involuntaria: cómo oficiales inocentes, no suponiendo que hasta tal extremo se les indujera á engaño, habian hecho cooperar sus tropas á tan verosimil impostura, figurando como criminales sin saberlo: cómo finalmente, los que se habian empeñado en hacer que se creyera en una conspiracion vasta, para disculpar á la policia, habian inmolado á una docena de victimas inútilmente. Esta explicacion, que era la verdad exacta, excusaba mucho al duque de Rovigo, aunque de ningun modo le salvaba de la carcajada general que, al recordar su arresto, estallaba aun de cotidiano, porque la risa no reflexiona como la ira; pero le justificaba á los ojos de un soberano siempre justo respecto del superior talento, cuando por cólera ó por cálculo no degeneraba en injusto. Una grande acusacion resultaba contra los que habian mandado fusilar á doce infelices, de los cuales solo tres eran delincuentes, y aun, á decir verdad, uno solo, pues, habiendo creido los generales Lahorie y Guidal la noticia de la muerte de Napoleon, se

les podia considerar como obrando bajo el influjo de un error involuntario. Tal era el modo de pensar de Napoleon en Esmolensko, y fuélo todavia mas despues de oir al duque de Rovigo; mas no debia censurar á sus ministros y á sus grandes dignatarios por exceso de celo en ocurrencia semejante; y asi se guardó muy bien de dirigirles cargo alguno. Convino con el duque de Rovigo en que solo él habia visto claro en este negocio, sin embargo añadió que ante un público burlon era una circunstancia importuna su arresto; por lo demás aseguróle de que no daria la razon á aquel público haciéndole caer en desgracia; y despues de terminada esta audiencia, asombró á todo el mundo con muestras muy visibles de favor respecto del duque de Rovigo, procurando de algun modo realzar á un ministro de difícil reemplazo ante sus ojos, y á quien no reemplazara con monsieur Fouché de seguro, en momentos en que la fidelidad iba á ser una de las cualidades mas preciosas.

Quedando solo con Mr. de Cambacères, y experimentando delante de este confidente de tan superior buen seso un embarazo que no sentia delante de otro alguno, preguntóle qué habia pensado sobre aquel extraño desastre de Rusia, y si le habia sorprendido mucho. El archicanciller confesó que le produjo sorpresa extremada; y efectivamente, aunque de muy atrás comenzara á creer que tantas guerras tendrian un funesto desenlace, y aunque muy tímidamente probara á indicárselo á Napoleon á veces, nunca su prevision habia llegado á concebir una catástrofe tan enorme. Napoleon atribuyó todo á los elementos, á un frio re-

pentino y extraordinario que le habia asaltado antes de tiempo, como si este accidente no debiera de ser previsto por un genio tal como el suyo, y como si, aun antes de este frio, no hallara su empresa dificultades insuperables en las distancias. Tambien achacó parte de esta trágica aventura á la bárbara demencia de Alejaandro, quien, incendiando sus ciudades, se habia hecho mas daño que el que se queria hacerle; pues, segun Napoleon decia, no se pensaba en imponerle mas que condiciones de paz muy aceptables; como si Alejandro hubiera debido proporcionar la guerra á los cálculos de su adversario, hacerla fácil para que se le pudiera batir sin mucho esfuerzo, como si finalmente, habiendo derrocado con este sacrificio al gigante que dominaba la Europa, y ocupado su puesto, aunque realmente sin adquirir su gloria, hubiera de deplorar el incendio de algunas ciudades, y aun el de una capital de su imperio. Estas eran débiles excusas por Napoleon ideadas; pero, no pudiendo guardar silencio sobre el desastre de Rusia con un personaje como el archicanciller Cambacéres, exponia estas miserias, cuyo valor se le alcanzaba á un hombre que lo sabia de igual modo. Dicho esto, dió Napoleon muy expresivas gracias al principe Cambacéres por el celo que habia acreditado, y lejos de reconvenirle, como á magistrado ordinariamente cuerdo y humano, por la muerte inútil de tantas victimas, volvió al asunto de que se proponia hacer el gran acontecimiento del dia, á la conspiracion de Malet. Le repitió el tema; que de su boca habia de pasar á la de todos los funcionarios del Estado, que se necesitaba no solo de soldados valerosos, sino de magistrados

firmes, capaces de morir en defensa del trono como los soldados en defensa de la patria. Despues habló de los peligros personales que habia corrido, y de los que aun tendria que arrostrar para restablecer sus negocios, de la necesidad que habia de asegurar la transmision de su corona á su hijo en el caso de que llegara á perder la existencia, de los medios que habia de lograrlo, de la ventaja de coronar anticipadamente al presunto heredero, lo cual habia acontecido á menudo en el imperio de Occidente, y por último, de un gran espectáculo que habria que dar para herir las imaginaciones y hacer oír el lenguaje del deber á los magistrados civiles.

Estas consideraciones eran una amenaza para un magistrado integro y honrado, que por desgracia habia suministrado ámplio asunto á la maledicencia con su conducta durante el corto éxito de la conspiracion de Malet. Llegando del campo monsieur Frochot, prefecto del Sena, en el momento en que se posesionaban del *Hotel de Ville* los conspiradores, creyendo lo que decian, y no imaginando ni por un instante que pretendieran inducirle á engaño, habia obedecido lisa y llanamente el supuesto decreto del Senado, y mandado disponer el salon principal del *Hotel de Ville* para recibir al nuevo gobierno. Sin duda habia en esto una credulidad que daba que reir no menos que la prision del duque de Rovigo; pero que se explicaba como todo este asunto por la poca solidez de la fundacion imperial, y que, lo repetimos, conviniera olvidar en vez de forzar al público á ocuparse de ella. Por el contrario, Napoleon, aun cuando estimara á Mr. Frochot y no le moviera ningun senti-

miento de malevolencia hácia su persona, resolvió hacerle servir para el espectáculo que preparaba, y sobre el cual pretendía atraer la atención pública para estorbarla que se fijase en los acontecimientos de Rusia. Decidió que Mr. Frochot fuera sometido al consejo de Estado, y que todas las grandes corporaciones se presentaran en las Tullerías para dirigirle discursos solemnes, ora sobre su regreso, ora sobre los sucesos del instante. Esta costumbre, tan frecuente luego, no se hallaba establecida entonces. Los días de gran fiesta, se pasaba por delante de Napoleon, y se le dirigian algunas palabras no escritas, á las cuales contestaba del mismo modo, siendo de esta suerte simples visitas y no solemnidades. Advertido el archicanciller Cambacères, indicó á los gefes de todas las corporaciones la sustancia de sus discursos, y el domingo 20 de diciembre, á los dos días de su llegada, recibió Napoleon al Senado, al Consejo de Estado y á las grandes administraciones.

Mr. de Lapepède, presidente del Senado, fué quien usó la palabra en nombre de este cuerpo. Era uno de aquellos sábios que de buen grado ponen la ejercitada pluma al servicio de un poder ámpliamente remunerador. Suministrando el príncipe Cambacères lo sustancial de las ideas, sabía revestirlas harto pronto con los afectados colores, de que había aprendido á servirse en la escuela de los mediocres imitadores de Buffon. Empezó por felicitar á Napoleon de resultas de su feliz vuelta y por felicitar asimismo á Francia, pues era una desgracia nacional toda ausencia del emperador, como que amenguaba la influencia benéfica de su genio. Despues vino al asunto del día, no á la

campana de Rusia, sino á la conspiracion de Malet. Hombres, decia, á los cuales la clemencia del emperador habia perdonado sus pasados delitos, habian querido arrojar á la Francia en la anarquía, de que su genio tutelar la habia sacado; pero el desman habia sido corto, el castigo inmediato, y advertida Francia por esta tentativa loca, habia conocido nuevamente lo mucho que era deudora á la dinastía napoleoniana, le habia prometido una fidelidad invariable, y el Senado, instituido para conservar la, estaba resuelto á morir por ella.—

Por este lenguaje se conoce que no son nuevas las vaciedades que hemos oido tantas veces, y de las cuales no hay que hacer gran caso. Pero merecia atención suma un pasage de este discurso.—«En los principios de nuestras dinastías antiguas, añadía el presidente del Senado, vióse mas de una vez al monarca ordenar que un solemne juramento ligara de antemano á los franceses de todas las clases al heredero del trono; y en ocasiones cuando la edad del jóven príncipe lo permitia, se le puso en la cabeza una corona, como prenda de su autoridad futura, y simbolo de la perpetuidad del gobierno »

Evidentemente habia una inspiracion superior en estas palabras, y era la primera indicacion del proyecto de que acabamos de dar noticia, el cual consistia en preparar de antemano, para el caso de una muerte repentina, la trasmision de la corona imperial al hijo de Napoleon. Terminaba el discurso del Senado con algunas palabras sobre la expedicion de Rusia, sobre los elementos, único origen de nuestras desdichas, sobre la barbarie de los rusos, que, en vez de entregarnos sus ciudades, las

habian quemado, sobre el sentimiento del emperador Napoleon, que no hubiera querido una guerra hecha de este modo, que no deseaba mas que una avenencia equitativa, y finalmente, sobre el denuedo de los franceses, prontos siempre á agruparse en rededor de las banderas, para conquistar á su emperador una paz gloriosa.

Sentado Napoleon sobre su trono, respondió con algunas palabras, que, aun cuando vaciadas en la misma turquesa que habia suministrado, tenían otro carácter que las de sus tristes adula-
dores.

—Muy en el corazon tenia la gloria y la grandeza de Francia, segun decia; pero pensaba ante todo en asegurar su reposo y su felicidad interiores. Salvarla de los destrozos de la anarquía habia sido y seria el objeto constante de sus esfuerzos; y asi pedia al cielo magistrados animosos, no menos que heroicos soldados. Muerte la mas bella seria la de un soldado cayendo en el campo del honor, añadía, sino fuera aun mas gloriosa la de un magistrado, pereciendo en defensa del soberano, del trono y las leyes. Por grito de union tenían nuestros padres:—*¡El rey ha muerto, viva el rey!* Estas pocas palabras contienen las principales ventajas de la monarquía.... Aludiendo al voto expresado por el Senado, decia Napoleon lo siguiente: Creo haber estudiado el espíritu manifestado por mis pueblos en los diferentes siglos: he reflexionado en lo hecho durante las diversas épocas de nuestra historia, y lo seguiré meditando....—

En cuanto á la expedicion de Rusia, visiblemente el designio, muy sensato sin duda, de la respuesta imperial, fué no envenenar la querrela

con el emperador Alejandro.—Una guerra política, añadió Napoleon, es la que sostengo. Sin animosidad emprendila, y hubiera deseado ahorrar á Rusia los males que se ha hecho á sí propia. Parte de su poblacion hubiera podido armar en su contra, proclamandola libertad de la de los campos... me lo han pedido gran número de aldeas; pero me he negado á una providencia que arrastrara á la muerte á miles de familias..... Mi ejército ha padecido, pero el rigor de las estaciones, etc... Dando despues gracias al Senado con bastante altivez, recibió Napoleon al Consejo de Estado. Este cuerpo no podia hacer mas que repetir las palabras prescriptas para la ceremonia, y no merecieran ser aqui reproducidas, á no ser por la respuesta de Napoleon. Tras de recalcar de la manera convenida lo de que algunos malvados habian querido sumergir á Francia en la anarquía; lo de que al crimen habia seguido al punto un justo castigo; lo de que Francia en tal coyuntura habia sentido duplicado su amor á la dinastía, á que debia tanta gloria y ventura; y lo de que, si llegase el caso, correria en masa á los pies del heredero del trono, para hacerle subir alli y sostenerle; tras de estas vulgares declaraciones, hablando el Consejo de Estado mas de la guerra que el Senado, pretendia descubrir en los últimos infortunios algo que le arrebatara de satisfaccion y de asombro, y era el desarrollo prodigioso de un carácter augusto, que nunca habia parecido mas grande que entre tamaños tropiezos, por los cuales semejava que la fortuna hubiese querido probarle que podia ser inconstante.... Pero esta era una prueba pasajera: Francia se iba á agrupar alrededor de las bande-